



LA SALVAJE POSGUERRA EUROPEA

¿Cómo pudo resurgir Europa de sus cenizas en 1945? Para sobrevivir, la población no tuvo más remedio que olvidar sus principios.

ANTONIO ORTÍ PERIODISTA

La Segunda Guerra Mundial sumió a Europa en el caos, pero sobrevivir a la paz no fue mucho más fácil, especialmente entre 1945 y 1948. En un ambiente de total miseria, miles de niños huérfanos empezaron a vagar sin rumbo entre los escombros, agrupándose como manadas para defenderse y sobrevivir. También las mujeres fueron protagonistas de la posguerra, al verse obligadas a salir adelante en una Europa sin hombres en donde la violencia pasó a formar parte de la vida diaria. Durante esos años, cuenta Anne Applebaum en *El telón de acero. La destrucción de Europa del Este 1944-1956*, “las carreteras, caminos, senderos y trenes iban atestados de gente andrajosa, hambrienta y sucia” intentando regresar a su antigua vida. En realidad, la “*Stunde Null*”, como llamaron los alemanes a la hora cero al acabar la contienda, estuvo muy lejos de representar la paz, pues seguía habiendo armas por doquier. En este sentido, quienes se las habían arreglado robando para poder sobrevivir no dejaron de hacerlo porque la guerra hubiera terminado, pues los apuros, lejos de desaparecer, siguieron agravándose. Por toda Europa había bandas que saqueaban y mataban a su antojo, hasta el punto de que “hechos que unos meses antes habrían provocado una respuesta de indignación generalizada dejaron de molestar a la población”, anota Applebaum.

Vagabundos sin fronteras

A todo esto, al regresar a sus antiguos lugares de residencia, multitud de personas se encontraron con que sus viviendas “habían sido ocupadas por *squatters* de tiempos de guerra que reclamaban airados sus derechos y se negaban a abandonarlas”, explica el historiador Tony Judt en *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Este hecho afectó, en especial, a los judíos y a las minorías étnicas. “De este modo, cientos de miles de ciudadanos corrientes húngaros, polacos, checos, holandeses, franceses y de otras nacionalidades se convirtieron en cómplices del genocidio nazi, al menos como beneficiarios”, apunta Judt. Si al final de la Primera Guerra Mundial fueron las fronteras las que se reinven-



taron y ajustaron, y en general no se movió la gente, después de 1945 ocurrió lo contrario: las fronteras se mantuvieron esencialmente intactas y fue a la gente a la que se la obligó a cambiar de lugar. La excepción fue Polonia, que perdió 110.000 kilómetros cuadrados de sus territorios en favor de Rusia, que le fueron compensados con 64.000 kilómetros cuadrados de unas tierras bastante mejores pertenecientes a Alemania. Del este, por ejemplo, llegaban bálticos, polacos, cosacos, húngaros, rumanos y

ucranianos huyendo de los horrores de la guerra o intentando escapar del dominio comunista. Pero por toda Europa había mujeres que habían perdido a sus maridos e hijos; hombres que habían perdido a sus mujeres; hombres y mujeres que habían perdido sus hogares y a sus hijos; familias que habían perdido granjas y tiendas... También había niños pequeños que vagaban solos, cargando con un hatillo y una etiqueta pegada a la ropa. Sus madres habían sido separadas de ellos por algún motivo, o bien

habían muerto y habían sido enterradas por otras personas desplazadas en algún punto al borde del camino.

Un mundo sin instituciones

El resultado de este gigantesco reasentamiento, que duró más de cinco años en algunos casos, fue una Europa mucho menos cosmopolita que la que había antes de 1939 (cuando ciudades como Trieste, Sarajevo, Salónica, Odesa o Vilna constituían un crisol de lenguas, religiones, culturas y nacionalidades), pero ét-

nicamente más homogénea. Mientras, en general, los horrores de la guerra fueron peores en el frente oriental, la posguerra, en cambio, puede decirse que fue mejor allí por la presencia intimidante del Ejército Rojo. En cambio, los soldados aliados que debían mantener el orden en Europa occidental durante la posguerra, mientras se formaban los nuevos gobiernos, se vieron desbordados por la complejidad de una misión para la que no estaban preparados, aunque colaboraron en el reparto de comida y ayuda humanitaria.

Un grupo de menores holandeses acogidos en un albergue rural cerca de Coventry, Reino Unido, en 1945.

En la página anterior, unos muchachos arrastran una carretilla cargada de madera en medio del paisaje ruinoso de la Europa de posguerra.

Sin embargo, a juzgar por las fotografías de la época, la imagen de conjunto de las dos mitades de Europa fue bastante similar: ciudades asoladas, hectáreas de escombros, marañas de alambre, terrenos yermos, ruinas humeantes y, entre medias, personas empapadas de odio y dolor intentando sobrevivir. El historiador británico Keith Lowe lo explica a la perfección en *Continente salvaje*, otro de los libros clave sobre este período, al igual que *Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949*, del también británico Ian Kershaw, al margen de las obras ya citadas. “Imaginemos –escribe Lowe– un mundo sin instituciones. Es un mundo en el que las fronteras entre países parecen haberse disuelto, dejando un único paisaje infinito por donde la gente viaja buscando comunidades que ya no existen. Ya no hay gobiernos, ni a nivel nacional ni tan siquiera local. No hay escuelas ni universidades, ni bibliotecas, ni acceso a ningún tipo de información. La radio funciona de vez en cuando, pero la señal es remota, y casi siempre en una lengua extranjera. Nadie ha visto un

El horror fue peor en el frente oriental

periódico durante semanas. No hay trenes ni vehículos a motor, teléfonos ni telegramas, oficina de correos, ni comunicación de ningún tipo salvo la que se transmite a través del boca a boca”. Tampoco había bancos, pero esto no constituía ningún problema, porque el dinero ya no tenía, en realidad, ningún valor. No había tiendas, porque nadie tenía nada que vender. A su vez, la gente cogía lo que quería sin tener en cuenta a quién pertenecía (pues casi todo el mundo robaba y era, a su vez, robado). La devastación que encontraron por el camino quienes, durante meses o años, recorrieron Europa intentado reencontrarse con un pasado que había dejado de existir permite hacerse una idea de lo que sucedió a partir del 2 de septiembre de 1945, tras seis años de guerra. “En los bosques, había sofás y camas de plumas, colchones y almohadas, muchas veces reventados o rajados. Las plumas



Catedral de Coventry tras un raid aéreo alemán, 16 de noviembre de 1940.

estaban por todas partes, incluso por los árboles. Había cochecitos de niño, tarros de fruta en conserva, incluso motocicletas (...). También vimos caballos muertos, algunos con un aspecto horrible y oliendo fatal...”, relata Lowe, citando el testimonio de Andrzej C., un niño que tenía nueve años cuando acabó la guerra y que fue forzado por los alemanes, al igual que su madre y su hermana, a trabajar en una granja de Bohemia. Su grupo lo formaban unas veinte personas, muchas de ellas polacas, pero por las carreteras europeas transitaban miles de refugiados similares, que no se mezclaban entre sí. Muchos de ellos arrastraban bebés y robaban lo que podían a los granjeros (gallinas, vacas, patatas, utensilios de cocina), por lo que no eran bien recibidos en ningún sitio.

Ruinas humeantes

En las ciudades, la situación era todavía peor. Debido a un acuerdo tácito o a la

buena suerte, el centro histórico de Roma, Venecia, Praga, París u Oxford se salvó, hasta cierto punto, de los bombardeos. En cambio, cientos de pueblos y ciudades acabaron convertidos en ruinas humeantes. La ferocidad de los ataques se cebó, por ejemplo, con Coventry, una ciudad del centro de Gran Bretaña, que dio origen a un nuevo verbo alemán, *coventriren* –“coventrar”, o destruir por completo—. En Clydebank, una pequeña localidad industrial situada a las afueras de Glasgow, de un total de doce mil viviendas, solo ocho se libraron del daño. En Francia, 460.000 edificios resultaron destruidos y 1,9 millones más dañados. En la URSS, 1.700 ciudades quedaron arrasadas. Stalingrado, por ejemplo, no era más que trozos de paredes, estructuras de edificios medio en ruinas, montones de escombros y chimeneas solitarias. En el centro de esta destrucción estaba Alemania, donde las fuerzas aéreas bri-

tánicas y americanas destrozaron unos 3,6 millones de viviendas, es decir, alrededor de una quinta parte de los espacios habitables del país. En términos absolutos, el daño fue casi dieciocho veces mayor que el que sufrió Gran Bretaña, según algunas estimaciones. Muchas ciudades alemanas eran como la cara de la luna, y hacían pensar que el juicio final era inminente. Entre dieciocho y veinte millones de alemanes se quedaron sin hogar, a causa de la destrucción. Algo similar sucedió, en mayor o menor medida, en casi toda Europa.

Sexo a cambio de una lata

La gente vivía en sótanos, ruinas, agujeros en el suelo y en cualquier sitio que ofreciera un mínimo de refugio. Muy pocos tenían agua o luz. En Varsovia solo funcionaban dos farolas, por ejemplo. Pero la mayor preocupación en todas partes era conseguir comida.

La destrucción física dio paso a la psicológica. Si durante la guerra se estima que fueron violadas hasta dos millones de mujeres en Alemania (también el ejército de Estados Unidos fue acusado de violar a 17.000 ciudadanas en el norte de África y el oeste de Europa), la posguerra dio lugar a otro tipo de degradación. En Nápoles, cuenta Lowe, citando el testimonio de un oficial británico, “había una fila de señoras sentadas a intervalos de un metro más o menos con la espalda apoyada en la pared. Estas mujeres iban vestidas con ropa de calle y tenían el aspecto de un ama de casa de clase trabajadora, limpia y respetable. Al lado de cada mujer se alzaba un montoncito de latas de conserva, y enseguida se hizo evidente que era posible hacer el amor con cualquiera de ellas en aquel lugar público añadiendo otra lata al montón”.

Al terminar la guerra, miles de mujeres fueron acusadas de “colaboración horizontal”, lo que significaba que se habían acostado con alemanes. Los niños nacidos de esas uniones, en ocasiones consentidas, no fueron bien recibidos, y muchos fueron asesinados por los padres de las chicas nada más nacer, para restituir el “honor” de la familia. Asimismo, muchas mujeres fueron rapadas al cero, agredidas o mandadas a campos de prisioneros, sin que nadie las defendiera.

En Noruega, por ejemplo, muchos “niños de guerra” fueron catalogados de retrasados, con el argumento de que cualquier mujer que se hubiera dejado seducir por un soldado alemán, probablemente, era débil mental... Una parte de estos chicos que vivían en viejos orfanatos noruegos fueron condenados a pasar el resto de su vida en esas instituciones.

Años después de acabar la contienda también se supo que, en la escuela, sus compañeros se mofaban de los “niños del enemigo”, les excluían de sus celebraciones y padecían abusos de sus padrastros. Por lo que respecta a las violaciones, entre 1945 y 1946 nacieron en la zona alemana entre 150.000 y 200.000 “niños rusos”, aunque esta cifra no incluye el incontable número de abortos.

Como perros salvajes

En una Europa sin hombres, que condenó a la soltería a muchas mujeres que en 1938

La llamada del hambre

El canibalismo fue la expresión más feroz de una carestía de la que no se libró casi ningún país europeo

➤ **Una de las pocas** cosas que unió a Europa durante la posguerra fue el hambre, especialmente, entre 1945 y 1948. Durante este período hubo muy poca harina para hacer pan sin adulterarlo, muy poca cantidad de patatas para cubrir el desgaste de energía de los que realizaban trabajos más duros, muy poca leche (abajo, reparto de leche a un grupo de niños en Lyon, Francia) y, en suma, muy poco de todo.

➤ **La escasez de** alimentos era endémica en todas partes, salvo en Suecia y Suiza. La provisión de calorías en Alemania descendió, a principios de 1947, a 1.050 (cuando un adulto necesita en torno a las

2.400). En la primavera de 1947, donde había menos comida en Europa occidental era en Italia. Lowe recuerda en *Continente salvaje* que, al acabar la guerra, robaron en Nápoles los peces del acuario municipal, mientras en Berlín se veía a los niños recoger hierba de los parques para comer y en Prusia Oriental se comían a los perros. En algunas zonas hubo episodios de canibalismo...

➤ **En las encuestas** de opinión francesas realizadas a lo largo de 1946, “la comida”, “el pan” y “la carne” destacaban entre todo lo demás como la principal preocupación, explica Judt en *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*.



tenían entre quince y treinta años, hubo también infinidad de niños que se quedaron huérfanos y sin hogar. Solo en Berlín había unos cincuenta y tres mil niños perdidos en 1945, que sembraban el terror día y noche (en 1946, la ciudad fue considerada “la capital mundial del delito”). También en Roma seguía habiendo en 1947 alrededor de cincuenta mil niños vagabundos, que dormían en portales y callejones y se mantenían vivos mediante el robo, la mendicidad y la prostitución. En Francia, los granjeros los encontraban a menudo durmiendo en los pajares. En Polonia se estima que el número de huérfanos rondó los doscientos mil, y en Yugoslavia, los trescientos mil. En ese ambiente fantasmal, la vida prosiguió a duras penas durante la posguerra, aunque a veces los supervivientes recordaran a perros salvajes. Por toda Europa oriental se cazaba y asesinaba a los judíos. También abundaban las *vendettas*. Así, en países como la antigua Yugoslavia, Grecia o Ucrania, matar se convirtió en una adicción. Miembros de la Ustacha (un grupo político de extrema

El Plan Marshall no se concibió hasta 1947

derecha que los italianos habían colocado durante la guerra como gobierno títere en el nuevo Estado Independiente de Croacia) no solo asesinaron a miles de serbios, sino que se dedicaron a cercenar el pecho a las mujeres y a castrar a los hombres. La situación se reprodujo en toda Europa, en mayor o menor medida. A veces se elegía a un chivo expiatorio en el que descargar la ira, y, en ocasiones, a comunidades enteras. Aunque la mayoría de los libros escritos sobre la posguerra a partir de 1989, de acuerdo con Judt, tienden a contemplar el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial con unas lentes de color de rosa, recalcando, por ejemplo, el Plan Marshall, se trata de una visión claramente distorsionada. De entrada, el Plan Marshall no se concibió hasta 1947. Por consiguiente, muchas de las autocomplacientes historias de recuperación que subyacen en la mayoría de los libros es-

Una francesa acusada de colaboracionismo, con la cabeza rapada y la cruz gamada en la frente, en 1944.

En la pág. opuesta, dos niños italianos juegan entre los escombros con las armas abandonadas por soldados y partisanos.



critos sobre este período (a diferencia de las obras citadas en este artículo) no se ajustan a la realidad de un continente que, en algunas zonas, retrocedió en seis años hasta la Edad Media.

Planificar el futuro

Europa siguió relamiéndose las heridas hasta prácticamente 1950, e incluso después. De alguna forma, fue casi imposible salir de la contienda sin enemigos, tras una carnicería de 36,5 millones de personas en nombre de la nacionalidad,

la raza, la religión, la clase social o el prejuicio personal. Casi todos los europeos que vivieron la contienda sufrieron algún tipo de injusticia o pérdida, ya fuera de familiares, amigos, viviendas o negocios, cuando no se dejaron por el camino la ética, de haberla tenido. En el plano político, la mayoría de los europeos de los primeros años de la posguerra se encontraron siendo gobernados por coaliciones de políticos de izquierda y centro-izquierda bastante similares a los frentes populares de la década de



1930. “Esto era bastante lógico. Los únicos partidos anteriores a la guerra capaces de funcionar con normalidad en aquellos años eran los que contaban con credenciales antifascistas o, en la Europa del Este ocupada por los soviéticos, aquellos a quienes a las nuevas autoridades les parecía apropiado adjudicar dichas credenciales al menos por el momento”, escribe Tony Judt. En la práctica, los partidos de izquierdas existentes cosecharon nuevos adeptos con su compromiso con la resistencia durante la guerra. A su vez, también los recién encumbrados partidos demócratacristianos fueron ganando protagonismo. Una de las palabras clave durante la posguerra pasó a ser “planificación”. Lo que tenían en común todos los planificadores era su creencia en el fortalecimiento del papel del Estado tanto en materia social como económica, de cara a atenuar las desigualdades. Al igual que hicieron los

británicos, los gobiernos franceses de la posguerra, por ejemplo, nacionalizaron el transporte aéreo, bancos, treinta y dos empresas de seguros, empresas de suministros públicos, minas, la fabricación de aviones y el enorme negocio de Renault (como castigo a la participación de su propietario en los esfuerzos bélicos alemanes). En mayo de 1946, una quinta parte de la capacidad industrial de Francia era de propiedad estatal. La decidida apuesta por el sector público puede considerarse un precedente del actual estado del bienestar. También contribuyó a ello el éxito del Plan Marshall (1948-1951). Entre 1947 y 1951, el PIB conjunto de Europa occidental aumentó en un 30%, primero en Holanda, Francia (cuya producción industrial y agrícola superó en 1949 por primera vez los niveles de 1938), Austria e Italia, y, un poco después, ya en 1950, en Grecia y Alemania Occidental. De los países ocupados

durante la guerra, solo Bélgica, Dinamarca y Noruega consiguieron recuperarse antes, concretamente, en 1947. Queda por decir, finalmente, que de los treinta y seis millones de europeos que fallecieron, alrededor de diecinueve millones fueron civiles, lo que da una idea de quiénes fueron, una vez más, los grandes perdedores de la guerra. ●

Para saber más...

ENSAYO

APPLEBAUM, ANNE. *El telón de acero. La destrucción de Europa del Este 1944-1956*. Barcelona: Debate, 2017.
JUDT, TONY. *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Barcelona: Taurus, 2006.
KERSHAW, IAN. *Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949*. Barcelona: Crítica, 2016.
LOWE, KEITH. *Continente salvaje*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2014.